

mucho sensible significa que la belleza duele hasta el paroxismo, y que los demás no la entienden. Un alma muy mucho sensible significa agregar soledad a soledades porque es distinta a las demás. Entre los dueños de esa alma y los dueños y dueñas de otras almas no tan sensibles hay diferencias de lenguajes y de tiempos y de modos: esas sensibilidades tan agudas separan, no por culpa del sensible precisamente, no por culpa de los otros, exactamente. Separan porque son diferentes" (pág. 14).

La lectura y la escritura aparecen insistentemente como fuentes de fuerza para la vida en soledad. Una soledad obstinada que se le pega aún a los personajes que han logrado la delicia de compartir algún momento de sus vidas.

Con la lectura de estos cuentos, donde se reúnen las pasiones humanas en encuentros de tiempos distantes y conexiones diversas, se siente un sabor amargo pero también aparece una sonrisa melancólica al reconocer en este mapa hablado las marcas de la belleza terrible de un mundo en el que estamos y muchas veces no vemos.

ANAMARÍA OSPINA B.

Entre el humor y la ficción

La bomba de bombones

Germán Rueda López

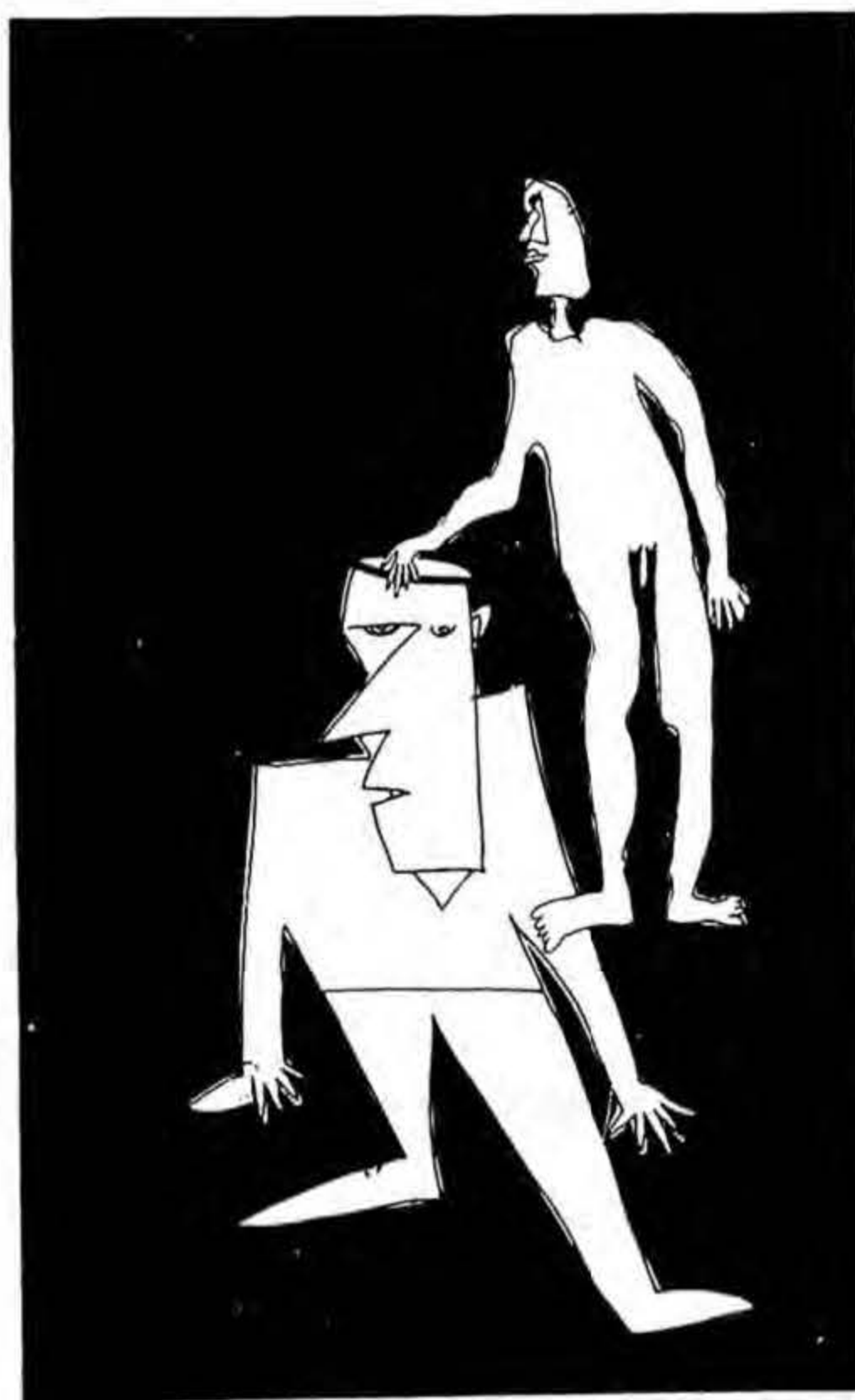
Algalia Ediciones, Bogotá, 1991, 147 págs.

Germán Rueda López (1956 - el máximo de tiempo posible, según consta en su miniautobiografía), nació en Duitama, aunque sus páginas denotan que está enraizado, siquiera en el espíritu, con lo más rancio y lúdico de las estirpes santafereñas. "Estudia hasta lograrlo la carrera de Derecho, a la cual dedica 11 larguísimos años de su vida, siendo expulsado por razones obvias (inquietudes juveniles, llamábanlas en aquella época) de 2 de las 3

universidades a donde tuvieron que aguantárselo".

El lector medianamente avisado habrá advertido que se trata de un libro de humor, de esos que rara vez se ven por ahí y a los que las editoriales "serias" en pocas ocasiones dan una oportunidad.

En la prosa de Rueda López, humor y ficción se dan la mano. El autor es sin duda un tipo "chirriadísimo", de esos que se complace en producir con cierta regularidad el altiplano cundiboyacense. Su obra es una prueba más de que lo lúcido y lo lúdico siempre se han dado la mano y que a la postre son una pequeña inversión de la misma cosa. La dedicatoria general, "a todos aquellos que estén convencidos de que todo buen acto conlleva su castigo inmediato", así como una muy específica a Margarita Rosa de Francisco (la profundidad del mar, en sus ojos), son los primeros aciertos y no los menores de este curioso ejemplar editorial. La presentación, muy oficial, al menos de nombre, es de Miguel Silva, otro "tipo chirriadísimo", quien nos cuenta que Rueda ha sobrevivido a una novela de seiscientas páginas sobre un perro adicto a la heroína, escrita en tres meses, que no es serio en absoluto y que sólo teme a dos cosas: a Dios y a la falta de mujeres.



Quiero destacar una particularidad de la edición: no se desaprovechó ni siquiera la cubierta y por lo menos en mi ejemplar algunos de los apartes allí incluidos no están en el interior por ninguna parte. Se trata de breves notas curiosas, informes apócrifos... El primero, sobre una muerte a los 108 años, ante la cual la prensa duda que sea una "muerte natural". A tal edad, concluye el autor, cualquier muerte es natural, lo cual recuerda la respuesta que dio Voltaire cuando se le dijo que el tabaco mataba lentamente: —Sí, tan lentamente que ya tengo ochenta años.

Hay en la galería minicuentos como éste, titulado *Kafka*: "Esta mañana, después de 27 años de haber sido una cucaracha, me desperté al fin en hombre". O éste, que es el primero de la serie y que acaso aspire a ser el "de mostrar": "Después de interminables horas, el jugador de las piezas negras al fin se decidió. Dijo: —¿Vas a mover o no? Asombrado, el otro levantó los ojos del tablero y contestó: —¿Y acaso no juegas tú?".

Muy imaginativo. Sólo que se ve que el autor no es ajedrecista y desconoce que el episodio sucedió ya hace más de un siglo entre dos grandes maestros bastante recordados y que fue uno de los hechos que dieron pie para que se inventara el reloj de ajedrez, que en realidad no es un reloj, sino dos, que andan cada uno por su lado cada vez que un ajedrecista realiza una jugada.

Pero se trata de lunares menores, y aunque el autor cae a veces en el desagradable género del "ingenio ingenuo", y de que no tiene ningún cuidado en el estilo, su prosa, como la de Salom Becerra, es gozona y perfectamente legible y disfrutable.

¡Felicidades, señor gobernador! es una mininovela en doce capítulos y dos epílogos, con episodios de la infancia del autor en Duitama y bromas pesadas como aquella del que responde al "¿Qué hubo!" con un "Un niño, pero se murió".

La bomba de bombones (1981) es sin duda la pieza antológica de la serie. Se trata de un cómico divertimento novelesco y futurista de ciencia ficción en el que abundan los esdrújulos no sólo gramaticales. Es la descripción de la tierra como un pla-

neta atómico y metálico en el que los vehículos son insectos que la ciencia logró agigantar, las iglesias están volteadas de cabeza, no hay andenes, y la contaminación es rural y no urbana. Aflora cierto humor negro cuando aparece la bomba de bombones, un artefacto capaz de acabar con todo, salvo con los seres humanos y con todo lo que pese más de trescientas mil toneladas. En suma, un Apocalipsis a lo Fontanarrosa: "La hecatombe duró once horas. El motivo directo de la misma fue la invasión árabe a Israel, que estaba dando buenos resultados. El directo, la naturaleza humana". Con gracia añade: "...los israelitas tenían modernas armas y los árabes rabia...".

La intensidad del relato recuerda *La invasión del mar*, extraño y poco conocido relato de Julio Verne. Rusos y gringos se exterminan entre sí. Dice Rueda: "En las dos naciones, la familia, núcleo tradicional de desorden moral siguió desmoronándose... Los americanos por su parte continuaban especulando con la vieja quimera de la libertad, pero ya nadie les creía".

Los comunistas rusos han desaparecido hoy de la faz del planeta, mas ello no anula la carga de acidez risible que hay en estas placenteras páginas...

Ludovina I, reina de Escocia, ocurre, acaso previsiblemente, en el manicomio de Sibaté. En *Pecaminoso Pecas* se narra la aventura de un desventurado suicida que se arroja de un séptimo piso. El *Belicococo*, extraño bacilo que se aposenta en el cerebelo humano y que sólo actúa cuando el hombre padece inquietud y desorden, parece una creación de Wilhelm Reich o un engendro poético de la zoología fantástica de Borges, de Aguilera Garamuño o de Darío Jaramillo Agudelo... Allí hay futurismo, violaciones grotescas y una visión muy jocosa de la realidad.

Estimo que hay otros dos relatos que merecen no caer en el olvido. Son ellos *La inolvidable doctora Pérez*, implacable denuncia y justiciera venganza contra "la única tortura institucional a nivel del orbe", cabe decir, la atroz dentistería. Quien venga a buscar la gran literatura, que se olvide, pero si lo que busca es el *coup de grâce*, lo

va a encontrar a raudales en este relato hilarante.

En otra tónica, el raro episodio de *La lindita* es escalofriante, bien contado, y parece ser una historia real. Por momentos, en los últimos relatos del volumen, hay pretensiones literarias. No digo que el autor las satisfaga plenamente, pero por lo menos el narrador es inteligente (¡ojalá los escritores en Colombia tuvieran siquiera esa premisa básica para iniciar su oficio!) y tiene algo que decir, como ocurre en *Goleada*, relato de un partido de fútbol hecho por un gamín en un lunfardo o "gaminol" muy convincente.

No he logrado averiguar si términos a menudo repetidos como cabilaciones, combite, apasentar, belludos, preveer, incidia, dicímil, irsuta... son neologismos boyacenses o errores tipográficos recurrentes. Tampoco soy experto en Rubén Darío, Julio Flórez, Alci Acosta, Olimpo Cárdenas y demás boleristas del modernismo, pero creo que la pág. 91 consigna una falsa paternidad de *La copa rota*.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



Lector que escribe

Una lección de abismo

Ricardo Cano Gaviria

Versal, Barcelona, 1991, 203 págs.

A lo largo de los años, un escritor va creando al autor de sus propias obras, una personalidad a quien los críticos atribuyen un estilo, una perseverancia de ciertas obsesiones formales y existenciales. En lo que va de *Prytaneum* (1981) a *Una lección de abismo* (1991), ese autor, esa perseverancia, es la de alguien que desea encontrar una razón de ser en las cosas de la vida, y se conmueve ante la posibilidad de que él no sepa verla, ni leerla, ni descifrarla¹. Si admira tanto a otros que escriben, es porque le parece que tienen el don del visionario y pueden reconocer en los disperseos detalles del mundo una finalidad o un sentido. Cuando lee una novela o un poema, este autor quisiera extender ese mundo con sentido y continuar escribiendo allí donde el poema o la novela se detienen, donde piensa que le abren puertas para que también él busque una finalidad. En consecuencia, sus páginas están siempre transidas de literatura, enmarcadas por ese poema o esa historia que él leyó alguna vez y que ahora quisiera *prolongar* una palabra más. Es un lector sediento y obsesivo; es también un escritor o, como a él mismo le gusta considerarse, un empecinado aprendiz de escritor. La obra literaria de Cano Gaviria está dominada por la imagen de este lector que escribe².

Su primer libro, *El buitre y el ave fénix* (1972), es un extenso diálogo con Mario Vargas Llosa y un ensayo sobre su obra, sobre su concepción del escritor y su posición frente a la condición del exilio y la realidad social. A veinte años de su publicación, este trabajo registra el debate que en aquella época inspiraba el tema de la literatura comprometida y, al mismo tiempo, ofrece algunas luces sobre el joven Cano Gaviria. Allí están el acerbo de sus lecturas de entonces y el deseo de establecer una suerte de sistema literario, una "carta de navegación" para el futuro. El título del